

COSAS DE CRISTINA

Cristina es una mujer joven, atractiva, casada y... vamos a decirlo: bastante «difícil». Ser su modista, su peluquero, el camarero que la sirve en el restaurant, su médico o su marido, es tarea complicada y no siempre agradable.

¿Por qué? No es fácil de explicar. Pero la razón saltará a la vista con sólo oír la a ella en varias situaciones distintas...



CRISTINA EN LA MODISTA

—No sabe cuánto me ha alegrado recibir su aviso de que ya estaba mi traje de prueba. ¡Es un modelo tan bonito!... ¡Ah! ¿Pero está usted segura de que éste es el mismo que yo encargué? No sé... ahora no me gusta tanto... Sí, claro, en las primeras pruebas, ya se sabe... pero encuentro que me hace gorda... Bueno, aunque la maniquí pese cuarenta y cinco kilos y yo unos pocos más, no es para que haya tanta diferencia... Decididamente no es lo que yo quería. Mire: la falda, en vez de dejarla así, estrecha, la vamos a hacer de vuelo... Y el escote más cerrado... Y en pico, en vez de redondo. O si no, mire; hágamelos con un cuellcito camisero, como el que le hizo a mi amiga Laly... ¡Ese traje sí que quedó bonito! Yo, en cambio, con los míos, no tengo tanta suerte... Nunca resultan como esperaba...

CRISTINA EN EL PELUQUERO

—Buenos días, Arturo. Hoy vengo decidida a cortarme el pelo. Sí, tiene usted razón. Hace mucho más joven. Pero quiero que me lo corte de manera que pueda hacerme un moño de vez en cuando... ¡Ah, pues no sé! Yo no soy un profe-

sional de esas cosas, como usted... Digamos que corto por delante y largo por detrás... Y con un reflejo rojizo... Estoy cansada de este castaño que no dice nada... ¿Sin cardar? ¡Oh, mire! ¡A mí me tiene sin cuidado la moda! Lo quiero cardado, para que me alargue un poco la cara ¡Qué espanto! Le dije rojizo, sí; pero no este color remolacha... Tenía que haber sido «ligeramente» rojo... un matiz apenas... ¿Y dónde voy yo con esta cabeza tan gorda? ¡Si el cardado ya no se lleva lo que se dice nada! ¡Caramba, Arturo! Se está usted quedando anticuado... Y esta cola por detrás... No, es horrorosa. Bien pensado, cuando quiera ponerme moño, me lo pondré postizo. ¿Cómo no se le ha ocurrido, Arturo? ¡Ay, si no estuviera una en todo...!



CRISTINA EN EL RESTAURANT

—Un solomillo a la plancha, con ensalada, camarero... ¡Espere! ¿Qué es esto de «nouilles a la Marigny»? ¡Ah, tallarines con bechamel! Deben estar buenisimos... Pero no. Seguro que engordan terriblemente. Lo dicho: el solomillo. No me encontraba usted, ¿verdad? Es que he cambiado de mesa. En aquella de la esquina hacía un frío tremendo. En cambio aquí, junto a la estufa... ¡Oh, qué pena! Esta carne está cruda. Sí, eso es, que me la pasen un poco más. ¡Ah! Y que le agreguen unas patatas fritas. El solomillo solo con ensalada es aburridísimo... Ya me he dado cuenta de que no me veía... He tenido que cambiarme de mesa nuevamente. ¡Me achicharraba junto a la estufa! ¡Oh! ¡Y ahora este filete parece una suela de zapato!... Sí, pero no tanto, hombre, no tanto... ¿Sabe lo que le digo? Que por una vez

que me salte el régimen no va a pasar nada: llévase el solomillo y tráigame esos... ¿cómo era?... «nouilles a la Marigny»... Y cámbieme el cubierto a aquella otra mesa, junto a la ventana... No hay nada más agradable que comer mirando el paisaje...



CRISTINA EN EL MEDICO

—Estoy preocupadísima, doctor. Me paso las noches sin pegar un ojo... No, no. Hago una vida normal. Verá: me levanto tarde porque, claro, como por la noche no duermo... Luego salgo a hacer unas compras, vuelvo, almuerzo, me echo un rato la siesta... Sí, después de comer cojo el sueño con facilidad... Pues dos o tres horas... Después salgo otra vez, cenó... ¡Ah, sí, siempre! Mi padre decía que no tomar café después de las comidas es como si no se hubiera comido... ¿Entonces usted cree que si suprimo el café y la siesta...? No sé. Yo



no lo veo tan sencillo. ¿No sería mejor que me recetara algunas pastillas para dormir? ¿No? ¡Ah, y todavía no le he dicho lo peor! Siento unas palpitaciones que...



Y aquí la dejamos. Cristina tiene todavía para mucho rato y nosotros no estamos dispuestos a seguir escuchando el largo relato de sus males.

Pero... ¿verdad que Cristina nos recuerda a alguien? Claro que, para ser justos, hemos de puntualizar que, mujeres así, hay pocas. Gracias a Dios.

POR CARMEN VAZQUEZ-VIGO